

dad en ese largo período le permitirá realizar una pintura plena de comprensión de las debilidades de los hombres.

Sengai es una personalidad singular en todo, no sólo en sus temas pictóricos, en los títulos que daba a sus obras, en sus esculturas, sino hasta en la manera de firmarlas, pues unas veces lo hacía con su apellido y otras con tan insospechados nombres como: *Cien chozas*, *Sacerdote del A-ma-ha*, *Vacío-Blanco*. Pero tal vez la firma más reveladora de su carácter es cuando signaba con *Estudio sin reglas*. Es cierto, Sengai no se atiene a reglas ni de su tiempo ni de ningún otro período del misterioso arte oriental. Dibuja como quiere y lo que quiere, y los textos caligráficos que acompañan a muchos de sus dibujos son verdaderos tratados filosóficos y morales. Así, en su dibujo titulado *Relámpago* escribe al lado, con esa bellísima caligrafía japonesa:



¿Con qué tengo que comparar esta vida [nuestra?

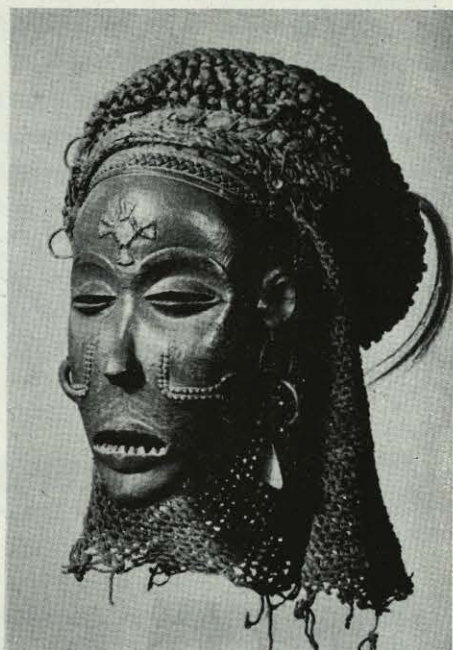
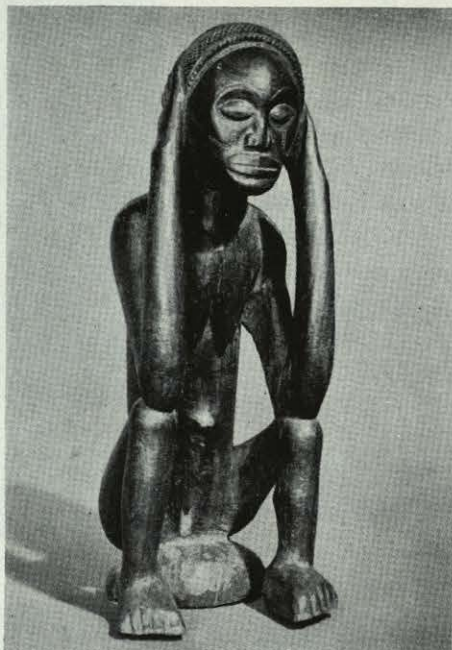
Aun antes de que pueda decir, que es como un rayo de relámpago o una gota de rocío, ya se apagó.

Verdaderos poemas breves, de los cuales no está ausente el más agudo humorismo, como en su dibujo que titula *La excusa de un hombre anciano*, junto a cuya encorvada silueta escribe:

Si dices: "¡Ven más tarde!" volverá pronto para llevarte consigo. Es mejor decirle: "No estaré en casa hasta que no tenga 99."

Otras veces son sus dibujos de carácter grotesco, de un sano y realista humor sin precedentes en el arte oriental por su desenfadado e ignorancia consciente de todas las reglas, pues como muy bien hace constar Sengai en uno de sus dibujos: "Las pinturas del mundo tienen ciertas reglas, a las cuales deben ajustarse, pero no las mías. Las mías son independientes de toda regla."

Digan si no se trata de un artista bien moderno y bien contemporáneo de aquel otro genio sin reglas que se llamó Francisco de Goya.



EL SIEMPRE FASCINANTE ARTE NEGRO

Una de las manifestaciones del arte primitivo que no ha conocido el cansancio de las gentes es el arte negro. Desde los primeros años de este siglo comenzó una admiración que aún no ha encontrado ocaso.

El hombre occidental, haziado de todas las perfecciones formales, se encontró de pronto ante esa manifestación del misterio telúrico, de las oscuras fuerzas que mueven la naturaleza, que constituyen las principales motivaciones del arte africano de los negros. Quedó fascinado ante tal pujanza, porque, como bien observó Paul Guillaume, son "pueblos puros, únicamente interesados por los fenómenos sobrenaturales, y cuyo

tiempo se pasa en cultivar la simpatía de los espíritus bien nacidos porque son temerosos de Dios".

Los quiocos son un pueblo indígena de la provincia africana portuguesa de Angola con parecidas características culturales del sur del Congo. Guerreros y cazadores, su arte tiene la misma fuerza expresiva que desprecia los rasgos de los tipos en aras de lograr prototipos. Por ello sus esculturas no son retratos, son símbolos de sentimientos, de anhelos, de temores.

Ahora hemos podido ver en Madrid, organizada por la Dirección General de Bellas Artes, una muestra de ese arte quioca que si no muy extensa, sí lo suficientemente im-

portante para poder apreciar algunos rasgos artísticos privativos de este pueblo, como son su representación del dolor femenino y su singular predisposición para la pintura mural (características ambas nada frecuentes en el arte negro). Las pinturas murales son de esquemas muy simples y siempre lineales, combinando los colores puros con ese buen gusto innato de una raza tan predispuesta a la música.

Es curioso cómo unas razas tan negadas para el talento arquitectónico y pictórico poseen sin embargo tan potente genio escultórico y musical. África nos sigue fascinando por sus ritmos y por sus fantásticas esculturas.